

“EL PROBLEMA DE LA COMPETITIVIDAD HOY”

**Intervención del Excmo. Sr. D. José Angel Sánchez Asiaín,
Presidente de la Fundación Cotec, en el Acto de Presentación del Informe Cotec
2009 sobre Tecnología e Innovación en España**

**Palacio de Congresos y Exposiciones
Madrid, 9 de junio de 2009**

Señor,

Es esta la primera vez que celebramos nuestra Asamblea en una situación de crisis económica de gran magnitud. Una crisis que nos está obligando a cuestionar muchos de los planteamientos que hemos considerado válidos durante largo tiempo. Y es evidente, por otra parte, que frente a las inevitables consecuencias de la propia crisis, ésta nos abre también oportunidades de cambio, que si sabemos gestionarlas, podrían situarnos en una posición más ventajosa frente al futuro. Y esto es cierto especialmente en nuestro caso, porque todos estamos convencidos de que en el nuevo orden económico, que, sin duda, tendrá que surgir, serán piezas fundamentales el aprovechamiento del conocimiento, la capacidad de dirigir bien los esfuerzos, y las cosas bien hechas. Tres valores que han sido siempre la base fundamental de la doctrina Cotec. Y que han ido generando mensajes a lo largo del tiempo, adaptados a cada situación, a través de nuestros Planes Estratégicos o de Planes Directores.

Y en ese proceso de adaptación, quiero recordar ahora, que en nuestra Asamblea del año pasado, por estas mismas fechas, ya anunciamos un nuevo Plan Director, dedicado fundamentalmente a incrementar la eficiencia de la innovación española. Pensábamos entonces, que nuestra sociedad ya había conseguido una “mayor sensibilidad” a la importancia de la innovación en el tejido empresarial. Y que ya disponíamos, también, de un sistema de innovación, todavía pequeño, pero que contaba con la estructura y las relaciones que hoy caracterizan al de los países avanzados. En consecuencia, en aquella Asamblea consideramos llegado el momento de centrar nuestra preocupación en lograr una mayor eficiencia en los resultados, focalizando nuestros esfuerzos en el incremento del valor añadido que comporta la innovación.

A finales del año pasado, y ya en plena crisis, revisamos ese Plan en la reunión ordinaria del Patronato, y a partir de aquel momento, nos dedicamos fundamentalmente a reforzar esa eficiencia, y especialmente a asegurar la solidez de los fundamentos de nuestro sistema.

* * * * *

Hasta hoy, y año tras año, hemos venido insistiendo en que el gran problema de la economía española era su alarmante falta de competitividad. Y que para mejorar su nivel, era imprescindible recurrir a la tecnología. También insistíamos, en que sólo cuando fuéramos capaces de generar y utilizar tecnología propia, nuestra competitividad sería realmente sostenible. Y que esto exigía un evolucionado sistema de innovación al que ya empezábamos a acercarnos.

Porque en aquellos años, el sistema español de innovación era todavía embrionario. Los escasos instrumentos que lo integraban eran testimoniales. Aunque lo verdaderamente grave era que en nuestra economía no se tenía

conciencia de su necesidad. Las empresas utilizaban tecnología adquirida, muchas veces no asimilada. Y las pocas que se esforzaban en crear tecnología propia, no eran consideradas como modelos a seguir. Nuestra investigación pública vivía muy preocupada por aumentar su calidad, mediante su integración en los proyectos europeos. Y todavía estaba aprendiendo a generar ciencia. Evidentemente, en este escenario era imposible crear tecnología, y todavía menos transferirla al sector productivo. Además, y salvo en contadas excepciones, la importancia de esa transferencia no era percibida, ni por los investigadores públicos, ni por las empresas.

Y de esta manera, el proceso de dotarnos de un sistema de innovación fue muy lento. Pero en los últimos quince años, hemos sido testigos de su positiva y constante evolución. Y aunque nuestros indicadores reflejan niveles que escasamente llegan a la mitad de lo que sería razonable para nuestra economía, hoy podemos hablar ya, con propiedad, de un sistema de innovación español, pequeño en tamaño, todavía no suficiente, pero ordenado y sólido. Es decir, con todas las características para llamarse "sistema". Lo prueba el hecho de que, en los últimos diez años, el número de investigadores empresariales ha crecido en nuestro país prácticamente al 13% anual acumulativo, que es un crecimiento excepcionalmente notable. El gasto empresarial en I+D ha tenido la misma evolución. El número de empresas innovadoras ha crecido al 11%. Las empresas que realizan I+D al 19%. Y las patentes europeas de origen español al 12%. En esos años, el gasto en I+D de nuestras empresas casi se ha cuadruplicado. Y han sido las empresas medianas las que más han contribuido a ese crecimiento, porque en ese periodo su I+D se ha multiplicado por cinco, mientras que el de las grandes prácticamente se ha duplicado. La estructura sectorial del gasto en I+D se ha transformado profundamente. Y el sector servicios es ya responsable de casi la mitad de este gasto.

Con todo esto, en el año 2007 el gasto total español en I+D fue de más de trece mil millones de euros. El número de investigadores superaba los ciento treinta mil. De ellos, más de una tercera parte trabajaban en la empresa. Y la calidad de nuestra investigación pública es ya reconocida internacionalmente. Lo que nos está costando más es mejorar nuestros indicadores de tecnología, aunque los resultados conseguidos por nuestra actividad innovadora, es decir, la mejora de los resultados del sistema, empieza a ser visible. Y así han crecido las exportaciones de productos de alta tecnología, aunque su comercio internacional todavía sea muy deficitario.

Y en ese escenario, con sus luces y sus sombras, se ha hecho posible que, en los últimos diez años, el sistema español de innovación haya generado, al aire del clima que se iba creando, y de los esfuerzos que se hacían, un pequeño, pero sólido, grupo de empresas, que se ha ido forjando en una estrategia que basaba su actividad en la tecnología y en la innovación, y no en el empleo de mano de obra no cualificada. Esas empresas serán unas 11.000. Todas ellas con investigación propia. Que, además, colaboran con más de un millar de grupos de

investigación del sistema público. Y juntos, forman un núcleo que constituye ya algo vital para el futuro de nuestra economía. En realidad, esas empresas son la punta de lanza del nuevo modelo de crecimiento a que aspiramos. Se puede, pues, afirmar que, a partir de todo esto, ya disponemos en España de una sólida base, sobre la que podemos construir un sistema de innovación plenamente eficiente, es decir, capaz de convertir, rápida y eficazmente, el conocimiento, adquirido y propio, en productos, procesos y servicios, que nos permitan competir en el mercado global.

Ese es el camino que debe seguir nuestro sistema de innovación. Y en esta nueva etapa, hay que dejarlo claro, es el empresario el que debe asumir la mayor responsabilidad de avanzar en la eficiencia de todo el sistema. Porque en sus manos, en las manos del empresario, está ese proceso. Son ellos los que deben estar convencidos de que el dominio de la tecnología es una ventaja competitiva ineludible. Y que ellos son los responsables de aprovechar y encauzar la capacidad científica y tecnológica que tienen a su alrededor. Este es, pues, el momento de los empresarios valientes.

* * * * *

Pero en esta situación, en este lento pero positivo y firme caminar, nos ha llegado la crisis. Una crisis que, si no se gestiona bien, puede paralizar ese proceso. Y por ello, lo que de verdad debe tener interés ahora para nosotros, para vislumbrar cómo puede discurrir nuestro futuro, es preguntarnos cuál es, cuál era, la situación real comparativa en que la competitividad española se encontraba en el momento en que la actual crisis hizo su aparición. Y preguntarnos también que es lo que, pese a esa crisis, se puede hacer para mejorar nuestra situación. Porque la lucha contra la crisis, y la mejora de nuestra estructura básica, no son incompatibles.

Y no es nada difícil hacer un pequeño resumen sobre dónde estamos en este momento, en cuanto se refiere a los mecanismos de mejora de nuestra competitividad. E incluso es bueno hacer ese ejercicio que, por otra parte, nos ayudará a corregir nuestros defectos. Son varios niveles a examinar. El primero la situación de los “condicionantes básicos” que nuestra estructura ofrece para cobijar una aceptable competitividad. Es decir, cómo comparamos con nuestros competidores en la eficiencia de las instituciones, en la calidad de las infraestructuras, en la estabilidad macroeconómica, o en las condiciones sociales. Comparamos francamente bien. Estamos a la altura de esos competidores. No es así cuando contemplamos aspectos más cercanos a la actividad empresarial. Aquellos factores que podríamos denominar “impulsores de la competitividad”. Porque los indicadores que miden factores como la educación, la eficiencia de los mercados de bienes, de trabajo y financieros, o la facilidad de acceso a recursos tecnológicos, se sitúan en España en unos niveles que apenas llegan al 75% de los que alcanzan los países con los que comparamos. Y esta diferencia es “muy apreciable”. Peor estamos cuando examinamos aquellos indicadores que reflejan

nuestra “capacidad de innovar”. Aspectos como la capacidad tecnológica de los proveedores locales, las relaciones entre la empresa y la Universidad, la excelencia profesional de ingenieros y científicos, la propiedad intelectual, o el gasto empresarial en I+D. Porque en estos factores de competitividad, llegamos escasamente a la quinta parte de los índices de los países con los que nos comparamos.

Y todos estos resultados, juntos, lo que muestran es que hemos evolucionado adecuadamente en aspectos muy determinantes de nuestra competitividad. Pero que no lo hemos hecho bien en lo que podríamos llamar la modernización de nuestro sistema de innovación. Y es evidente que ahí, precisamente, reside nuestro gran problema.

Podemos entrar un poco más a fondo en esta cuestión, porque disponemos de abundante información sobre nuestro sistema. Y merece la pena hacerlo, porque nos permite definir mejor el problema, y deducir las medidas a implementar para corregirlo. Pues bien, con más detalle. Resulta que la observación del comportamiento de las empresas, en cuanto a la “convicción” que éstas tienen de la necesidad de basar su competitividad en la innovación, arroja el resultado de que comparamos muy mal con Europa. Y estamos especialmente mal en el grupo de las PYME, que representan, no lo olvidemos, más del 80% de nuestro empleo. Y estamos mal, porque cuando se evalúa la actitud de estas empresas ante la oportunidad y la conveniencia de innovar, los indicadores que la miden representan poco más o menos la mitad de la media europea. En consecuencia, los resultados que reflejan la actividad innovadora de nuestras empresas están en niveles muy bajos. Estamos muy mal en patentes, con una tercera parte del promedio europeo. Lo mismo en cuanto a la balanza tecnológica. Y nuestro empleo en sectores manufactureros de media alta y alta tecnología, es sólo dos tercios de lo habitual en Europa.

Y esta situación de bajo nivel de competitividad está afectando mucho a nuestra economía. Por ejemplo, nos va a causar problemas el importante déficit de nuestro comercio exterior de bienes y servicios, que viene suponiendo año tras año alrededor del 8% del PIB, lo que está agravando el problema de la deuda exterior española. Una deuda que se ha colocado ya en el corazón de la crisis, estrangulando nuestro crecimiento, y que puede plantear graves problemas financieros. Hace diez años esa deuda ascendía a 131.000 millones de euros. Representaba el 26% de nuestro PIB. Hace cinco ya se había situado en 381.000 millones, el 52%. Y a finales de 2008 este total alcanzaba la cifra de 1.120.000 millones de euros. Representa el 102% de nuestro PIB. Y tengamos en cuenta que al menos un 40% de ese endeudamiento “se debe” a nuestro bajo nivel de competitividad.

* * * * *

Tendremos pues que estudiar, y estudiar muy bien, los objetivos que nos fijamos. Porque la actual situación está frenando el ritmo de crecimiento de nuestro sistema de innovación, y el país no puede permitirse el que se pierda la tensión innovadora alcanzada en estos últimos años.

Aunque lo primero, lo verdaderamente urgente en estos momentos, es evitar que se destruya lo que hemos conseguido crear, con tanto esfuerzo, a lo largo de estos diez últimos años. Concretamente se trataría de salvar esa primera aproximación al modelo al que aspiramos, que es ese núcleo de empresas y grupos de investigación del que antes hablaba. Ese núcleo de 11.000 empresas, que hoy constituye el embrión de nuestro nuevo modelo de crecimiento. Que ya son el modelo de crecimiento. Y que en estos momentos peligran por falta de financiación.

En realidad se trata de garantizar que, cuando acabe la crisis, hayamos sido capaces de mantener y, si es caso, potenciar, ese núcleo de empresas en el que residen capacidades humanas y actitudes directivas, que serán “imprescindibles” para competir en el nuevo orden económico mundial. Y que serán “el motor” para arrastrar con su ejemplo al conjunto de nuestra economía. Si no consiguiéramos que esas empresas sobrevivan a la crisis, tendríamos que volver a empezar en el punto en el que estábamos hace más de diez años. Y evitar que esto ocurra no es difícil. Porque además de no exigir grandes recursos, debe ser posible incentivar la implicación del sector privado en su financiación, pues solamente se trata de asegurar la continuidad de empresas que tienen un excelente futuro.

* * * * *

Pero tendremos que hacer más cosas. Porque si no las hacemos, en el mejor de los casos estaremos en la misma posición que teníamos cuando llegó la crisis. Una posición, hay que recordarlo, que, como todos sabemos, no nos conducía al modelo que perseguimos. Por otro lado, no hacer nada, supondría perder la oportunidad que todas las crisis ofrecen, para poner las cosas en orden y rectificar los errores pasados. Ello quiere decir, que sería sensato el que, desde ya, se iniciara una estrategia para ir poniendo en marcha las reformas estructurales que el país necesita. Para movernos hacia ese nuevo modelo de crecimiento. Desde luego, y por su propia naturaleza, ello exige medidas cuyo resultado sólo se hará visible a medio o largo plazo. Y el cambio será lento y costoso. Pero, precisamente por ello, habría que empezar cuanto antes.

Las medidas a tomar son muchas. Todas ellas encaminadas a fortalecer las bases de nuestro futuro modelo económico. Una de las fundamentales es la educación. Y a ella deberemos dedicar especial y urgente atención. La educación primaria deberá asumir la responsabilidad de inculcar los valores y hábitos, que hacen innovadora a una sociedad. Y tenemos un agujero muy profundo en formación profesional. Sus enseñanzas deberán ser simplificadas y redefinidas, partiendo de las necesidades empresariales. Habrá que cuidar también, y

exquisitamente, la calidad de la formación superior, porque de ella depende nuestra capacidad en el futuro de generar conocimiento, y de tomar decisiones empresariales y públicas, que favorezcan el mejor aprovechamiento de la ciencia y la tecnología. Y todo esto se puede, y se debe, empezar a hacer ya. Estoy seguro que en esto coincidirá con nosotros el Ministro de Educación, aquí presente.

Tendremos también que plantearnos la calidad de nuestras instituciones científicas, muy especialmente las relaciones universidad-empresa, que deben mejorar muchísimo. Porque el bajo nivel de esta relación está suponiendo ya una importante pérdida de sustancia en nuestro Producto Interior Bruto. Y tendremos que mejorar, y rápidamente, nuestra pobre realidad en el gasto de las empresas en I+D, lo que hará necesario aumentar el número de su personal técnico y, especialmente, el de investigadores. Y tendremos que mejorar, también, “una gestión empresarial”, que hoy está muy alejada de los desafíos de la globalización.

Otro gran cambio estructural, que será difícil, y que será lento, pero sobre el que hay que empezar a trabajar ya, debe ser elevar el nivel tecnológico de las PYME. Porque necesitamos, por una parte, más tecnología en las de los sectores tradicionales y, por otra, más empresas de base tecnológica, que se esfuercen en triunfar en nichos de alto valor añadido. Y es claro que son los empresarios y los investigadores los que tienen la responsabilidad más inmediata de esta transformación. Pero será necesario que su entorno les ayude en esta tarea. Y para esa continua adaptación del entorno, contamos hoy con el Ministerio de Ciencia e Innovación, cuyo papel, bien sabemos, debe ser determinante en estos tiempos de crisis. Como es lógico, en ese proceso, el diálogo con las empresas será siempre muy necesario. Para ello, Señora Ministra, Cotec ofrece toda su colaboración.

* * * * *

Con la inestimable ayuda de nuestras Comisiones de Trabajo, que reúnen a más de un centenar y medio de expertos, que representan a nuestros Patronos, hemos hecho una reflexión reciente sobre qué enseñanzas estamos obteniendo de la situación actual. Y sobre todo, cómo éstas deben guiar nuestra actuación futura. Obviamente, un aspecto relevante que se ha puesto de manifiesto en esa reflexión, es la problemática que plantea la financiación de las empresas innovadoras, tanto la del circulante, como la de su crecimiento. Y el camino, que cada vez parece más evidente, es compartir el riesgo inherente a la innovación entre diferentes agentes, usando fórmulas de financiación valientes. Por eso, continuaremos preocupándonos de entender, y definir mejor, las características, las condiciones de aplicación, y la eficacia de los distintos instrumentos disponibles, que van desde los avales hasta el capital riesgo. Nuestro objetivo será poder ofrecer las recomendaciones para futuros proyectos de financiación

conjunta, que sugieren las buenas prácticas de la innovación. Y es posible que pronto podamos ver el inicio de alguno de estos proyectos.

También hemos aprendido, que ante situaciones de dificultad, y especialmente en el caso de la innovación, el empresario debe asumir su responsabilidad de optimizar la eficiencia de los recursos a su alcance. Y entre estos recursos está la tecnología generada, o capaz de ser generada, en su entorno. Creemos por ello, que ha llegado el momento de que el empresario pase al primer plano en nuestros mensajes, y en nuestras actividades. Porque si el empresario no asume esa responsabilidad, la capacidad científica y tecnológica de nuestro país, será utilizada por otras empresas más atentas a la evolución de nuestro sistema, y que serán más competitivas.

Importante cuestión, a tener en cuenta, es también el efecto de la demanda que es estímulo de la actividad innovadora. Cotec dedicará sus mayores esfuerzos a esta cuestión. Especialmente, analizando el potencial de los mercados tractores de tecnología, que a menudo están condicionados por la regulación. Muchas de sus demandas provienen del sector público, pero las grandes empresas constituyen, también, una importante parte de estos mercados. Así lo han demostrado numerosas experiencias internacionales. Y si se consigue que la presencia de las grandes empresas españolas se extienda al impulso, y fortalecimiento, de las de base tecnológica, entre las que pueden estar sus propios proveedores, este instrumento de fomento de la innovación habría logrado ser plenamente efectivo. En todo caso, si nuestras empresas aprovechan la tecnología española para atender sus necesidades, y confían en ella, llegando incluso a implicarse en demandas tempranas, habremos logrado, entre otras cosas, una gran visibilidad mundial de nuestra capacidad tecnológica. Y en España estamos “verdaderamente necesitados” de disponer de una imagen tecnológica e innovadora.

* * * * *

Señor, la economía de la innovación exige una capacidad de crear y utilizar conocimiento, que como bien sabéis, no se consigue fácilmente. Llevamos años en este empeño. Y hemos mejorado de forma apreciable. Por eso, el sistema nacional de innovación es, hoy, un potencial con el que España ya puede contar en esta situación de crisis. Saldremos de ella. Y esperemos que sea pronto. Pero entonces, “seremos más conscientes” de que tenemos por delante un nuevo modelo de crecimiento que alcanzar. Y seremos conscientes de que ese objetivo es “dramáticamente urgente”. Y que nos estamos jugando el futuro. En Cotec, y desde nuestras posibilidades, estamos tratando de que “todos” empecemos, “ya”, a caminar en esa dirección.

Las ventajas de una economía basada en la innovación son en estos momentos más patentes que nunca. Y esto hace que nuestro mensaje de siempre se comprenda, ahora, mucho más fácilmente. Pero no por ello es menos necesaria,

ni menos urgente, su aplicación. Señor, como pudisteis comprobar en la reunión del Patronato de Cotec de hace menos de dos semanas, seguimos “plenamente comprometidos” con esta tarea. Y en ella continuaremos, con la confianza de que contamos con Vuestro apoyo.

Muchas gracias.